

SAGA EL IMPERIO HUNDIDO

III

LA HIJA DE LOS HUESOS ANDREA STEWART

¿CUÁNTO PAGARÍAS
POR DESCUBRIR
LA VERDAD?


GAMON

LA HIJA DE LOS HUESOS

Andrea Stewart

Traducción: Cristina Martín Sanz



“Es una de las mejores novelas de fantasía que he leído en mucho tiempo. Te atrapa el corazón y la garganta desde las primeras páginas y no te suelta hasta mucho después de que termina. Es realmente especial”.

—Sarah J. Mass, autora de
Una Corte de Rosas y Espinas

“Una historia inolvidable de magia e intriga, y el comienzo de una trilogía fascinante.”.

—Gareth Hanrahan, autor de
La Plegaria de la Calle

“Fantasía épica en su forma más humana y sentida. Una novela creativa, aventurera y maravillosamente escrita”.

—Alix E. Harrow, autora de
Las Diez Mil Puertas de Enero

“Personajes atrevidos, contrabandistas, amistades complicadas, compañeros animales, búsqueda de la justicia y amistades inverosímiles: si disfrutas de alguno de esos ingredientes, este es un libro que debes leer”.

—Robin Hobb, autora de
El Reino de los Vetulus

“Un atrapante comienzo de trilogía con personajes profundos y que rápidamente se quedarán en nuestros corazones. Lin, Jovis y Phalue son increíblemente reales y vibrantes”.

—Lucila Quintana, editora

Título original: *The Bone Shard Daughter*
Edición original: Orbit Books

© 2020 by Andrea Stewart Inc.

© 2020 Trini Vergara Ediciones
www.trinivergaraediciones.com

© 2020 Gamon Fantasy
www.gamonfantasy.com

España · México · Argentina
ISBN: 978-84-18711-31-2

Índice de contenido

Portadilla

Citas elogiosas

Legales

La hija de los huesos

Mapa

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Agradecimientos

Nuestros autores y libros en Gamon

Andrea Stewart

Sinopsis

Gamon

*Para mi hermana, Kristen,
que ha leído casi todo lo que he escrito.
Estoy en deuda contigo.*



CABEZA DE CIERVO

COLA DEL AYOÑO

LA RED DE HIRDNA

VNTA

NEPHILANU

KHALUTE

ANAU

RIYA

IMPERIAL

GAELUNG

HUALIN OR

MAILA

EL MAR INFINITO

EL IMPERIO
DEL FÉNIX
DE LA DINASTÍA
SUKAI

Capítulo 1

Lin

Isla Imperial

Mi padre me dijo que era inservible.

No expresó dicha decepción en voz alta cuando respondí a su pregunta, pero lo dijo entornando los ojos, lo dijo con la manera en la que ahuecó sus ya huecas mejillas, con la forma en la que movió ligeramente el lado izquierdo de la boca hacia abajo, un gesto casi imperceptible debido a la barba.

Él me enseñó a ver los sentimientos de una persona en la expresión de su rostro. Y sabía que yo sabía interpretar esas señales. De modo que, entre nosotros, fue como si lo hubiera dicho en voz alta.

La pregunta fue: “¿Quién era tu amiga más íntima cuando eras pequeña?”.

Y mi respuesta: “No lo sé”.

Yo era capaz de correr tan rápido como el vuelo de un gorrión, tenía tanta habilidad con el ábaco como los mejores contables del Imperio y podía recitar de memoria todas las islas conocidas en el tiempo que tardaba el té en

terminar de hacerse. Sin embargo, no era capaz de recordar mi pasado anterior a la enfermedad. A veces pensaba que no lo recordaría nunca, que la niña de antes ya no iba a volver.

Mi padre arrancó un crujido a su sillón al cambiar de postura y exhaló un largo suspiro. Sostenía en sus dedos una llave de latón con la que dio unos golpecitos sobre la superficie de la mesa.

—¿Cómo voy a confiarte mis secretos? ¿Cómo voy a confiar en ti como mi heredera si no sabes quién eres?

Yo sí sabía quién era. Era Lin. La hija del emperador. Lo estaba diciendo a gritos dentro de mi cabeza, pero no lo expresaba en voz alta. A diferencia de mi padre, mantuve una expresión neutra y, por lo tanto, mis pensamientos ocultos. En ocasiones le gustaba que yo me defendiera, pero esta no era una de esas ocasiones. Nunca lo era en lo concerniente a mi pasado.

Hice todo lo posible por no mirar fijamente la llave.

—Pregúntame otra cosa —dije.

El viento azotaba los postigos trayendo consigo el olor a algas y a sal del mar. La brisa me acariciaba el cuello y contuve un escalofrío. Le sostuve la mirada a mi padre con la esperanza de que viera la valentía que había en mi alma y no el miedo. Percibía el sabor de la rebelión en los vientos con tanta claridad como percibía el olor del pescado que fermentaba en las cubas. Era igual de obvio, igual de penetrante. Yo sería capaz de enderezar las cosas solo con que tuviera los medios necesarios. Solo con que mi padre me permitiera demostrarlo.

Otro golpecito.

—Muy bien —dijo mi padre. Las columnas de madera de teca que tenía a su espalda enmarcaban su rostro curtido y le daban más la apariencia de un retrato solemne que la de un ser humano—. Tienes miedo de las serpientes de mar. ¿Por qué?

—Porque me mordió una cuando era pequeña —respondí.

Estudió mi semblante. Yo aguanté la respiración. Luego, dejé de aguantar la respiración. Entrelacé los dedos y me obligué a relajarlos. Si yo fuera una montaña, él estaría siguiendo las raíces principales de los enebros de copas redondeadas, apartando las piedras, en busca de la roca blanca y caliza.

Y encontrándola.

—No me mientas, muchacha —rugió—. No intentes adivinar. Puede que seas sangre de mi sangre, pero tengo la potestad de nombrar para la corona a mi hijo adoptivo. No tiene por qué ser para ti.

Ojalá pudiera recordar. ¿Hubo una época en la que este hombre me acariciaba el pelo y me besaba en la frente? ¿Me amaba antes de que yo lo olvidase todo, cuando estaba íntegra y entera? Ojalá hubiera alguien a quien pudiera preguntárselo. O por lo menos, alguien que pudiera proporcionarme respuestas.

—Perdóname —dije inclinando la cabeza.

Mi cabellera negra formaba una cortina frente a mis ojos, y lancé una mirada furtiva a la llave.

La mayoría de las puertas del palacio estaban cerradas con llave. El emperador iba cojeando de una estancia a otra y se servía de su magia de las esquirlas para obrar milagros. Una magia que necesitaba yo si quería gobernar. Me había ganado seis llaves. El hijo adoptivo de mi padre, Bayan, poseía siete. A veces tenía la sensación de que mi vida entera era un examen.

—Bien —dijo mi padre reclinándose en su sillón—. Puedes irte.

Me levanté para marcharme, pero dudé.

—¿Me enseñarás tu magia de las esquirlas? —No esperé a que me respondiera—. Dices que tienes la potestad de nombrar heredero a Bayan, pero no es verdad. Tu heredera sigo siendo yo, y necesito saber cómo se controlan los constructos. Tengo veintitrés años, y tú...

Me interrumpí porque no sabía la edad de mi padre. Tenía manchas oscuras en el dorso de las manos y el cabello de un color gris acero. Desconocía cuánto más iba a vivir. Lo único que lograba imaginar era un futuro en el que él moría y me dejaba sin conocimientos. Sin ninguna manera de proteger el Imperio contra los alanga. Sin recuerdos de un padre que se preocupara por mí.

Tosió y sofocó el ruido con la manga. Su mirada se posó fugazmente en la llave y su voz se suavizó.

—Cuando seas una persona completa —me dijo.

No le entendí. Pero sí reconocí la vulnerabilidad.

—Por favor —le dije—, ¿y si nunca llego a ser una persona completa?

Me miró, y la tristeza que había en sus ojos me arañó el corazón igual que una dentellada. Yo tenía cinco años de recuerdos; antes de eso, todo era niebla. Había perdido algo muy preciado, ojalá supiera el qué.

—Padre, yo...

Se oyeron unos golpes en la puerta, y él recuperó la frialdad de antes.

Bayan se deslizó en la estancia sin esperar respuesta, y a mí me entraron ganas de maldecirlo. Caminaba encorvado hacia delante y sin hacer ruido al pisar. Si fuera otra persona, esa forma de andar me parecería titubeante; pero Bayan se movía igual que un felino: pausado, depredador. Llevaba un delantal de cuero encima de la túnica y tenía las manos manchadas de sangre.

—Ya he terminado la modificación —dijo—. Me dijiste que viniera inmediatamente a verte cuando terminase.

Tras él venía un constructo cojeando y golpeteando el suelo con sus pezuñas diminutas. Tenía la apariencia de un ciervo, salvo por los colmillos que sobresalían de su boca y por la cola de mono enroscada. De los hombros le nacían dos alas de pequeño tamaño, y el pelaje que las rodeaba tenía manchas de sangre.

Mi padre se giró en su sillón y puso una mano en la espalda de la criatura. Esta lo miró con unos ojos grandes y acuosos.

—Un tanto chapucero —dijo—. ¿Cuántas esquiras has utilizado para implantarle la orden de seguir?

—Dos —respondió Bayan—. Una para que el constructo me siga y otra para que deje de seguirme.

—Debería ser solo una —dijo mi padre—. La criatura te sigue a donde vayas a menos que le ordenes lo contrario. El lenguaje está en el primer libro que te entregué. —Agarró una de las alas y le dio un tirón. Cuando la soltó, esta volvió lentamente al costado del constructo—. En cambio, la fabricación es excelente.

Bayan me miró de soslayo, y yo le sostuve la mirada. Ninguno de los dos la apartó. Siempre compitiendo. Bayan tenía los ojos incluso más oscuros que los míos y, cuando esbozó una sonrisa, ello no hizo sino acentuar la carnosidad de su boca. Supuse que era más atractivo de lo que iba a ser yo jamás, pero tenía el convencimiento de que yo era más inteligente, y eso era lo que en realidad importaba. Bayan nunca se preocupaba de ocultar sus sentimientos. Exhibía el desprecio que sentía por mí igual que un niño exhibe su caracola favorita.

—Prueba otra vez con un constructo nuevo —dijo mi padre, y Bayan desenganchó su mirada de la mía. Bueno, esta pequeña competición la había ganado yo.

Mi padre introdujo los dedos en el cuerpo de la bestia. Yo contuve la respiración. Solo le había visto hacerlo en dos ocasiones. Dos que yo pudiera recordar, al menos. La criatura simplemente parpadeó con placidez cuando la mano de mi padre se hundió en ella hasta la muñeca. A continuación, se retiró y la criatura quedó congelada, inmóvil como una estatua. En su mano había dos pequeñas esquiras de hueso.

No había sangre que manchara sus dedos. Dejó caer las esquiras en la mano de Bayan.

—Ahora, márchate. Marchaos los dos.

Me di más prisa en llegar a la puerta que Bayan, el cual, sospechaba yo, estaba esperando algo más que unas palabras ásperas. Pero yo estaba acostumbrada a las palabras ásperas y, además tenía cosas que hacer. Salí por la puerta y la sostuve abierta para que pasara Bayan sin necesidad de tocarla y mancharla de sangre. Mi padre valoraba mucho la limpieza.

Bayan me miró con enfado al pasar y dejó una estela que olía a cobre y a incienso. Bayan era tan solo el hijo del gobernador de una isla pequeña, tuvo la fortuna de llamar la atención de mi padre y de que este lo acogiera como hijo adoptivo. Trajo consigo la enfermedad, una dolencia exótica que era desconocida en Imperial. Me contaron que me contagié de ella poco después de la llegada de Bayan y que me curé un poco después que él. Pero él no perdió tanta memoria como yo y, además, recuperó una parte.

Tan pronto como dobló la esquina, di media vuelta y corrí hacia el final del pasillo. Los postigos amenazaron con estrellarse contra las paredes cuando los solté. Los tejados parecían laderas de montañas. Salí al exterior y cerré la ventana.

El mundo se abrió ante mí. Desde lo alto del tejado veía la ciudad y el puerto. Veía incluso los barcos en el mar pescando calamares, con sus faroles brillando a lo lejos como si fueran estrellas caídas en tierra. El viento me azotaba la túnica, se me colaba por debajo de la tela y me acribillaba la piel.

Tenía que darme prisa. Para entonces, el constructo sirviente ya habría retirado el cadáver del ciervo. Medio a la carrera y medio resbalando, bajé por la pendiente del tejado hacia el lado del palacio donde se encontraba el dormitorio de mi padre. Él nunca llevaba su cadena de llaves a la sala de interrogatorio. No se hacía acompañar de sus constructos guardias. Yo había interpretado las tenues

señales de su cara. Tal vez me ladrara y me reprendiera, pero cuando estábamos solos... me temía.

Las tejas chasqueaban bajo mis pies. En las defensas de las murallas del palacio acechaban unas sombras: más constructos. Sus instrucciones eran simples. Vigilar por si aparecían intrusos. Hacer sonar la alarma. Ninguno de ellos me prestó la menor atención, por más que yo no estuviera donde debería estar; yo no era una intrusa.

En esos momentos, el constructo de Burocracia estaría entregando los informes. Ese mismo día lo había visto yo ordenándolos, resoplando entre dientes con sus labios peludos mientras los leía en silencio. Debía de haber bastantes. Envíos retrasados debido a las escaramuzas, a que el Ioph Carn robaba rocasabia y la pasaba de contrabando, a que los ciudadanos eludían sus deberes para con el Imperio.

Salté al balcón de mi padre. La puerta estaba entreabierta. El dormitorio por lo general estaba vacío, pero esa vez no. Se oían unos gruñidos. Me quedé petrificada. Un hocico de color negro se coló en el espacio que quedaba entre la pared y la puerta y agrandó la rendija. Me miraron unos ojos amarillos, y unas orejas cubiertas de pelaje se inclinaron hacia atrás. Unas garras arañaron la madera: la criatura venía hacia mí. Era Bing Tai, uno de los constructos más antiguos de mi padre. Tenía las fauces salpicadas de canas, pero conservaba todos los dientes. Cada incisivo suyo era tan largo como mi dedo pulgar.

La boca se le retrajo y los pelos del lomo se le pusieron de punta. Era una criatura de pesadilla, una amalgama de grandes depredadores, y tenía un pelaje negro y desgredado que se confundía con la oscuridad. Dio otro paso más hacia mí.

A lo mejor Bayan no era tan tonto, a lo mejor la tonta era yo. Tal vez era así como iba a encontrarme mi padre después de tomarse el té: descuartizada y ensangrentada

en su balcón. El balcón estaba demasiado lejos del suelo y yo era demasiado baja para alcanzar los canalones del tejado. La única manera de salir de aquellas habitaciones era por el pasillo.

—Bing Tai —dije con una voz más firme de cómo yo me sentía—. Soy yo, Lin.

Casi me pareció percibir cómo batallaban dos órdenes de mi padre en la cabeza del constructo. Una: protege mis habitaciones. Dos: protege a mi familia. ¿Cuál de las dos era más fuerte? Yo había apostado por la segunda, pero ya no estaba tan segura.

Me mantuve donde estaba y procuré que no se me notase el miedo. Empujé con la mano el hocico de Bing Tai. Él me veía, me oía, a lo mejor necesitaba olerme.

Podía elegir probarme para ver a qué sabía, aunque hice todo lo posible por no pensar en eso.

Su hocico húmedo y frío tocó mis dedos al tiempo que salía un gruñido de su garganta. Yo no era Bayan, que peleaba con los constructos como si fueran hermanos suyos. Yo no podía olvidarme de lo que eran. Se me hizo un nudo en la garganta hasta que apenas pude respirar y sentí una dolorosa opresión en el pecho.

Entonces, Bing Tai se sentó sobre sus cuartos traseros con las orejas erguidas y sin enseñar los dientes.

—Buen Bing Tai —dije. Me tembló la voz. Tenía que darme prisa.

En la habitación flotaba una densa sensación de aflicción, espesa como el polvo que cubría lo que antes fue el ropero de mi madre. Sus joyas seguían encima del tocador sin que nadie las tocara; sus zapatillas todavía la estaban esperando junto a la cama. Lo que me irritaba más que las preguntas que me formulaba mi padre, más que no saber si me quiso y se preocupó por mí cuando era pequeña, era no acordarme de mi madre.

Había oído susurrar a los sirvientes que quedaban. Mi padre quemó todos sus retratos el día en que murió.

Prohibió que se mencionara su nombre. Pasó por la espada a todas sus doncellas. Protegía celosamente los recuerdos de mi madre, como si él fuera el único que tuviera permiso para conservarlos.

Concéntrate.

No sabía dónde guardaba mi padre las copias que nos repartía a Bayan y a mí. Siempre se las sacaba del bolsillo de su faja, y yo no me atrevía a birlárselas de ahí. Pero la cadena de llaves original descansaba sobre la cama. Muchas puertas. Muchas llaves. No sabía diferenciarlas, así que escogí una al azar, una de color dorado que tenía una pieza de jade en la cabeza, y me la guardé.

Salí corriendo al pasillo y metí una delgada cuña de madera entre la puerta y el marco, para que no se cerrase. El té ya estaría hecho. Mi padre estaría repasando los informes, formulando preguntas. Abrigué la esperanza de que eso lo mantuviera ocupado.

Mis pisadas hacían ruido por el suelo de madera del pasillo. Los grandiosos salones del palacio estaban desiertos, el resplandor de las lámparas se reflejaba en las vigas pintadas de rojo. En la entrada había unas columnas de teca que se elevaban desde el suelo hasta el techo y enmarcaban la desvaída pintura mural de la pared del segundo piso. Bajé las escaleras que llevaban a las puertas del palacio de dos en dos. Cada paso lo sentía como una traición en miniatura.

Podría haber esperado, eso me decía una parte de mi cerebro. Podría haber sido obediente. Podría haber hecho lo posible para contestar las preguntas de mi padre, para sanar mi memoria. Pero la otra parte de mi cerebro era fría y dura. Se abría paso por el sentimiento de culpa para revelar la cruda realidad: que yo nunca iba a poder ser lo que deseaba mi padre si no tomaba lo que deseaba yo. No había conseguido recordar, por más que me había esforzado. Él no me había dejado otro remedio que demostrarle mi valía de otra forma.

Me deslicé por las puertas del palacio y salí al silencioso patio. Los portones principales estaban cerrados, pero yo era menuda y fuerte, y si mi padre no quería enseñarme su magia, en fin, había otras cosas que había aprendido yo sola cuando él se encerraba con Bayan en un cuarto secreto. Como escalar.

Las murallas estaban limpias pero deterioradas. El yeso se había desprendido en varias zonas y había dejado al descubierto la piedra de debajo. Resultaba bastante fácil de escalar. El constructo con forma de chimpancé apostado en lo alto de la muralla se limitó a observarme un momento y luego volvió a fijar su límpida mirada en la ciudad. Me recorrió un escalofrío de emoción cuando toqué el suelo al otro lado. Ya había estado más veces en la ciudad — *necesariamente*—, pero para mí era como si esta fuese la primera vez. Las calles apestaban a pescado y a aceite caliente, y también a restos de alimentos cocinados y consumidos. Bajo mis zapatillas, el empedrado estaba oscuro y resbaladizo a causa del agua de fregar. Se oía un entrechocar de ollas, y en la brisa flotaba el murmullo de unas voces cantarinas. Las dos primeras tiendas que vi estaban cerradas, con las persianas de madera echadas.

“¿Será demasiado tarde?” Desde las murallas del palacio había visto el taller del herrero, y eso fue lo primero que me dio la idea. Contuve la respiración y me lancé por un estrecho callejón.

Allí estaba. Cerrando la puerta y con un hatillo al hombro.

—Espera —le dije—. Por favor, solo un pedido más.

—Está cerrado —refunfuñó él—. Vuelve mañana.

Reprimí la desesperación que me atenazaba la garganta.

—Te pagaré el doble de tu precio normal si puedes empezar esta noche. Solo es una copia de una llave.

Al oír esto me miró, y su mirada se posó en mi túnica de seda bordada. Apretó los labios. Estaba pensando en

mentir acerca de la cantidad que cobraba. Pero terminó lanzando un suspiro.

—Dos piezas de plata. Mi precio normal es una. —Era un buen hombre, un hombre justo.

Sentí que me inundaba una sensación de alivio, saqué las monedas del bolsillo de mi fajín y las deposité en su callosa mano.

—Aquí tienes. La necesito rápidamente.

Fue un error decirlo. Por su semblante cruzó una expresión de fastidio. Pero, aun así, volvió a abrir la puerta y me hizo entrar en su taller. Poseía la constitución de una plancha de hierro: era ancho y cuadrado. Sus hombros daban la sensación de abarcar la mitad del espacio. Había herramientas metálicas colgadas de las paredes y del techo. Cogió el yesquero y encendió de nuevo las lámparas. Y, a continuación, se volvió hacia mí.

—No estará lista hasta mañana por la mañana, como muy pronto.

—¿Pero es necesario que te quedes con la llave?

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Esta noche puedo hacer un molde. La copia estará lista mañana.

Ojalá no hubiera tantas oportunidades de regresar, tantas oportunidades de que me faltase el valor. Me obligué a depositar la llave de mi padre en la mano del herrero. Él la cogió, se volvió y sacó un bloque de arcilla de una artesa de piedra. Apretó la llave contra él. De repente se quedó inmóvil y dejó de respirar.

Sin pensar, me adelanté para recuperar la llave. En cuanto di un paso hacia él, vi lo que estaba haciendo. En la base de la cabeza, justo antes del paletón, se veía la figura diminuta de un ave fénix grabada en el metal.

Cuando el herrero me miró, tenía el rostro redondo y pálido como la luna.

—¿Quién eres? ¿Qué estás haciendo con una de las llaves del emperador?

Debería haber cogido la llave y salir huyendo. Era más rápida que el herrero. Podría echar a correr y perderme de vista antes de que él pudiese tomar aire otra vez. Lo único que tendría sería una anécdota que no se creería nadie.

Pero si lo hiciera, no tendría mi copia de la llave. Ya no tendría más respuestas. Me quedaría estancada donde estaba al comienzo de ese día, con la memoria envuelta en la niebla y dando respuestas insuficientes a mi padre. Siempre sin llegar del todo. Siempre inservible. Y aquel herrero era un buen hombre. Mi padre me había enseñado lo que había que decir a los hombres buenos.

Escogí las palabras con cuidado.

—¿Tienes hijos?

Su rostro recuperó un poco el color.

—Dos —respondió. Juntó las cejas como preguntándose si debería haber contestado.

—Yo soy Lin —dije, descubriéndome—. La hija del emperador. No es el mismo desde que murió mi madre. Vive aislado, mantiene pocos sirvientes, no se reúne con los gobernadores de la isla. Se está fraguando una rebelión. Los “pocos sin esquirlas” ya han tomado Khalute. Ahora querrán expandir su dominio. Y luego están los alanga. Habrá quien no se crea que van a regresar, pero mi familia se lo estaba impidiendo. ¿Quieres ver soldados recorriendo las calles? ¿Quieres tener una guerra a la puerta de tu casa? —Lo toqué suavemente en el hombro y él no se inmutó—. ¿A un paso de tus hijos?

Con gesto reflexivo, se llevó una mano detrás de la oreja derecha, donde tenía la cicatriz que llevaban todos los ciudadanos. El sitio de donde habían extraído una esquirla de hueso para llevarla al sótano del emperador.

—¿Mi esquirla está dando fuerza a un constructo? —preguntó.

—No lo sé —respondí. No lo sé, no lo sé... Había muy pocas cosas que yo conociera—. Pero si consigo entrar en el sótano de mi padre, buscaré tu esquirla y te la devolveré.

No puedo prometerte nada. Ojalá pudiera. Pero lo intentaré.

El herrero se pasó la lengua por los labios.

—¿Y mis hijos?

—Veré qué puedo hacer. —Era todo cuanto podía decirle. Nadie estaba exento del Festival del Diezmo de las islas.

La frente le brillaba de sudor.

—Lo haré.

A aquellas alturas, mi padre ya habría dejado los informes a un lado. Cogería su taza de té y bebería un sorbo contemplando las luces de la ciudad por la ventana. Sentí el sudor que me corría entre los omóplatos. Necesitaba devolver la llave antes de que me descubriera.

En medio de una neblina, observé cómo el herrero terminaba de hacer el molde. Cuando me entregó de nuevo la llave, me volví para echar a correr.

—Lin. —Me frenó.

Me detuve.

—Me llamo Numeen. El año de mi ritual fue el 1508. Necesitamos un emperador que cuide de nosotros.

¿Qué podía responder yo a eso? De modo que eché a correr. Salí por la puerta, recorrí el callejón y volví a escalar la muralla. En aquel momento mi padre estaría terminándose el té, con la mano en torno a la taza todavía tibia. Una piedra se soltó bajo las yemas de mis dedos. Dejé que cayera al suelo. El estrépito que produjo me estremeció.

Mi padre estaría dejando la taza de té, estaría contemplando la ciudad. ¿Cuánto tiempo dedicaba a contemplar la ciudad? La bajada fue más rápida que la subida. Ya no percibía los olores de la ciudad. Lo único que percibía era mi propio aliento. Los muros de los edificios exteriores pasaron junto a mí como una mancha borrosa cuando entré en el palacio a la carrera: las dependencias de los sirvientes, el salón de la Paz Eterna, el salón de la

Sabiduría Terrenal, la tapia que rodeaba los jardines de palacio. Todo estaba oscuro y frío, desierto.

Utilicé la entrada de los sirvientes y subí las escaleras de dos en dos. El estrecho pasadizo desembocaba en el corredor principal. El corredor principal rodeaba la segunda planta del palacio, y el dormitorio de mi padre estaba casi al otro extremo de la entrada de los sirvientes. Deseé tener piernas más largas. Deseé tener una mente más fuerte.

Las tablas del suelo crujían bajo mis pies mientras corría, un sonido que me hacía estremecerme. Por fin, conseguí llegar y colarme en la habitación de mi padre. Bing Tai estaba tumbado en la alfombra, a los pies de la cama, estirado como un gato viejo. Tuve que alargar el brazo por encima de él para llegar a la cadena de las llaves. Desprendía un olor a moho, como una mezcla entre un constructo oso y un armario lleno de ropa carcomida por las polillas.

Tuve que intentarlo tres veces para volver a insertar la llave en la cadena.

Sentía los dedos como anguilas: torpes y resbaladizos.

Al salir, con la respiración agitada, me arrodillé para retirar la cuña de la puerta. La intensidad de la luz del pasillo me hizo parpadear. Al día siguiente iba a tener que ingeniármelas para salir a la ciudad a recoger la llave nueva. Pero lo conseguí, la cuña quedó oculta a salvo en mi fajín. Solté el aire que, sin saberlo, estaba conteniendo.

—Lin.

Bayan. Sentí las extremidades como si fueran de piedra. ¿Qué habría visto? Me volví hacia él. Tenía una expresión ceñuda y las manos entrelazadas a la espalda. Rogué a mi corazón que se calmase y a mi rostro que suprimiera toda expresión.

—¿Qué estás haciendo en la puerta de la habitación del emperador?

Capítulo 2

Jovis

Isla Cabeza de Ciervo

Abrigué la esperanza de que este fuera uno de mis errores menores. Me estiré el borde de la casaca. Las mangas eran demasiado cortas, la cintura demasiado holgada, los hombros me quedaban un poco anchos. Olfateé el cuello. Despedía un olor mohoso y anisado que me subió directo a la nariz y me hizo toser.

—Si pretendes atraer a una pareja con esto, mejor prueba con un poco menos —dije. Era un buen consejo, pero el soldado que tenía a mis pies no reaccionó.

Si la otra persona está inconsciente, ¿eso es hablar con uno mismo?

En fin, el uniforme me quedaba suficientemente bien, y ese “suficientemente” era lo que cabía esperar por lo general. Llevaba en el barco dos cajas estándar llenas de rocasabia. Suficiente para pagar mis deudas, suficiente para comer bien durante tres meses, suficiente para navegar con mi barco desde un extremo del Imperio del Fénix hasta el otro. Pero eso de ningún modo iba a darme lo

que necesitaba en realidad. En los muelles había oído un rumor, una desaparición similar a la de mi Emahla, y pasaría el resto de mi vida maldiciéndome si no averiguaba de dónde procedía.

Salí de la callejuela, reprimí el impulso de tirar nuevamente del borde de la casaca. Saludé con un gesto de cabeza a una mujer soldado con la que me crucé en la calle. Resoplé cuando ella me devolvió el saludo y se volvió. No había mirado el programa anual del Festival del Diezmo antes de detenerme; y, como la suerte rara vez actuaba a mi favor, aquello quería decir, por supuesto, que el festival había comenzado.

La isla Cabeza de Ciervo era un hervidero de soldados del emperador. Y allí estaba yo, un comerciante sin contrato imperial que había tenido más de un altercado con los soldados del emperador. Recorrí las calles sujetándome el borde de la manga con los dedos. Me había hecho el tatuaje del conejo cuando aprobé los exámenes de navegación. Fue menos por orgullo y más por sentido práctico. ¿Cómo, si no, iban a identificar mi cadáver hinchado y congestionado cuando el mar me arrojara a la costa? Pero en ese momento, siendo un contrabandista, ese tatuaje era un lastre. Eso y mi rostro. En los carteles se habían equivocado al dibujar el contorno de mi mandíbula, los ojos estaban demasiado juntos y desde entonces yo ya me había cortado el pelo, pero sí, existía un parecido. Había estado pagando a chicos huérfanos de la calle para que los arrancasen, pero al cabo de cinco días vi a un maldito constructo pegando otro nuevo.

Era una lástima que los uniformes imperiales no incluyeran gorras.

Debería haber cogido la rocasabia y haber huido, pero Emahla era una fibra de mi corazón que el destino, por lo visto, no dejaba de tocar. Así que puse un pie delante del otro y me esforcé por adoptar una actitud lo más anodina e inexpresiva posible. El tipo de los muelles había dicho que

la desaparición era reciente y por lo tanto el rastro aún estaba fresco. No me quedaba mucho tiempo. El soldado al que había golpeado no alcanzó a verme, pero llevaba remendada una zona del codo izquierdo y reconocería su uniforme.

Un poco más adelante la callejuela se estrechaba, la luz del sol se colaba por los huecos que había entre los edificios y la ropa tendida. Alguien gritó: “¡No me hagas esperar! ¿Cuánto tiempo se tarda en ponerse unos zapatos?”. No estaba lejos del mar, así que aún flotaba en el aire el olor a algas, mezclado con guisos de carne y aceite caliente. Estarían preparando a los niños para el festival y preparando el banquete del festival para cuando regresaran los niños. La buena comida no podía sanar las heridas del cuerpo y del alma, pero sí podía mitigarlas. Para el día de mi trepanación, mi madre preparó un festín. Un pato asado de piel crujiente, verduras a la brasa, arroz fragante y especiado, pescado con la salsa todavía burbujeante. Tuve que secarme las lágrimas antes de comer.

Pero esa época me era ya muy lejana, la herida de detrás de la oreja hacía mucho que se había curado. Me agaché para pasar por debajo de una camisa tendida muy abajo, todavía mojada, y busqué la taberna que me había descrito el hombre de los muelles.

La puerta emitió un crujido cuando la abrí y raspó los tablones del suelo, que ya tenían su huella. A aquella hora tan temprana de la mañana, el local debería encontrarse vacío; en vez de eso, había varios guardias imperiales de pie en rincones polvorientos, pescado seco colgando del techo. Fui hasta el fondo caminando arrimado a la pared, ocultando la muñeca a un lado de la pierna y con la cabeza gacha. Si lo hubiera planeado mejor, me habría cubierto el tatuaje con una venda. Pero, claro, el principal problema era mi cara, esa no podía vendármela.

Detrás del mostrador había una mujer de espaldas a mí. Llevaba el pelo recogido con un pañuelo del que escapaban unos cuantos mechones que le caían sobre la nuca. Estaba inclinada sobre una tabla de cortar, preparando unas empanadillas a las que hábilmente iba dando forma con los dedos.

—Señora tía —le dije en tono de respeto.

No se volvió.

—No me llame así —replicó—. No tengo suficiente edad para ser la tía de nadie, salvo de los niños. —Se limpió en el delantal las manos llenas de harina y lanzó un suspiro—. ¿Qué vas a tomar?

—Quería hablar —dije.

Esta vez sí que se volvió, y echó una buena mirada a mi uniforme. Creo que ni siquiera se fijó en mi cara.

—Ya he mandado a mi sobrino a la plaza. A estas alturas, los encargados del censo ya lo habrán marcado. ¿Has venido por eso?

—Eres Danila, ¿verdad? Tengo unas preguntas acerca de tu hija adoptiva —dije yo.

Se le endureció la expresión.

—Ya he informado de todo lo que sé.

Yo estaba al tanto de la acogida que tuvo su informe, porque los padres de Emahla habían recibido la misma: encogimientos de hombros, gestos de fastidio. En ocasiones, las mujeres jóvenes se escapaban, ¿no? Además, ¿qué esperaban que hiciera el emperador al respecto?

—Déjame en paz —dijo, y, a continuación, volvió a sus empanadillas.

A aquellas horas, era posible que el soldado del callejón estuviera despertándose con un dolor de cabeza endiablado y un montón de preguntas. Pero... Emahla. Su nombre daba vueltas por mi cabeza sin cesar espoleándome a la acción. Rodeé el extremo del mostrador y me puse junto a Danila ante la tabla de cortar.

Sin esperar aprobación alguna, cogí las obleas y el relleno y empecé a doblar empanadillas. Ella, tras un primer momento de sorpresa, reanudó la tarea. Detrás de nosotros había dos soldados jugando a las cartas.

—Se te da bien —me dijo con resentimiento—. Muy limpio, muy rápido.

—Es por mi madre. Era... es cocinera. —Meneé la cabeza con una sonrisa triste. Llevaba mucho tiempo sin estar en mi casa. Aquello casi pertenecía a otra vida—. Mi madre hace las mejores empanadillas de todas las islas. Yo siempre estaba yendo de acá para allá, navegando y estudiando para los exámenes de navegación, pero siempre me gustaba ayudarla. Incluso después de aprobarlos.

—Si has aprobado los exámenes de navegación, ¿por qué eres soldado?

Sopesé mis opciones. Como embustero era muy bueno, el mejor. Era la única razón por la que aún conservaba la cabeza sobre los hombros. Pero esa mujer me recordaba a mi madre, arisca pero bondadosa, y yo tenía una esposa perdida que encontrar.

—No lo soy. —Me levanté la manga lo suficiente para que viera el conejo tatuado.

Danila miró el tatuaje y luego me miró a mí. Primero entrecerró los ojos y después los abrió como platos.

—Jovis —dijo en un susurro—. Eres ese contrabandista.

—Preferiría “el contrabandista de más éxito de los cien últimos años”, pero me conformaré con “ese contrabandista”.

Ella lanzó un bufido.

—Depende de cómo definas el éxito. Imagino que tu madre no pensaría lo mismo.

—Seguramente llevas razón —dije en tono ligero. A mi madre le dolería profundamente saber lo bajo que había caído su hijo. Danila se relajó, en ese momento su hombro tocaba el mío y su expresión era más suave. No iba a

delatarme. No era de esas—. Necesito preguntarte por tu hija adoptiva. Cómo desapareció.

—No hay gran cosa que contar —repuso Danila—. Un día antes estaba aquí, y al siguiente había desaparecido y en la colcha de su cama alguien había dejado diecinueve monedas de plata, como si un año de su vida valiera tan solo un fénix de plata. Sucedió hace dos días. Sigo pensando que la veré volver entrando por la puerta.

No iba a ocurrir tal cosa. Yo lo sabía porque llevaba un año pensando lo mismo. Todavía me parecía estar viendo las diecinueve monedas de plata esparcidas por la cama de Emahla. Todavía sentía cómo se me aceleraba el corazón y se me encogía el estómago rememorando aquel momento en el que comprendí que ella ya no estaba y me costaba trabajo creerlo.

—Soshi era una joven muy inteligente —dijo Danila con voz temblorosa. Se secó las lágrimas en los ojos antes de que le resbalaran por las mejillas—. Su madre murió en un accidente de la mina, y a su padre no lo conoció. Yo no me he casado nunca, no he tenido hijos propios. Así que la acogí. Necesitaba tener a alguien a quien ayudar.

—¿Era...? —Me costaba trabajo pronunciar esa palabra. No pude formular la pregunta.

Danila cogió otra oblea y me miró fijamente.

—Puede que no tenga edad suficiente para ser vuestra tía, pero para mí sigues siendo un muchacho. Si el Imperio ha tenido algo que ver con la desaparición de mi hija, ya estará muerta.

“No me he enamorado nunca. No nos conocimos de pequeños, no nos hicimos amigos. Yo nunca aproveché la oportunidad, nunca la besé. Nunca regresé de la isla Imperial.” Me decía a mí mismo esa mentira, una y otra vez. Aun así, recordaba constantemente su sonrisa traviesa, el gesto que hacía poniendo los ojos en blanco cuando yo me inventaba alguna anécdota particularmente boba, la forma en la que apoyaba la cabeza en mi hombro al final de

un día largo. Pero necesitaba creermela esa mentira. Porque cada vez que pensaba en pasar el resto de mi vida sin ella, brotaba un pánico que me oprimía el pecho y me atenazaba la garganta. Tragué saliva.

—¿La has buscado? ¿Has encontrado algún rastro?

—Naturalmente que la he buscado —replicó Danila—. He preguntado por los alrededores. Uno de los pescadores me ha dicho que esa mañana temprano vio zarpar un barco. No desde los muelles, sino desde una cala cercana. Era pequeño y oscuro y tenía velas azules. Se dirigía hacia el este. Esto es todo lo que sé.

Era el barco que vi yo la mañana en que desapareció Emahla rodeando el borde de la isla. Había una niebla tan densa que no estaba seguro del todo de haberlo visto. En siete años, aquella era la mejor pista que tenía. Si me daba prisa, tal vez pudiera darle alcance.

Uno de los soldados de la taberna rio, otro lanzó un gruñido y se oyó el ruido de unos naipes golpeando la mesa. Arrastraron las sillas al levantarse.

—Ha sido una buena partida. —Un rayo de sol me calentó la nuca cuando ellos ya abrían la puerta—. Eh, tú. ¿Vienes con nosotros? El capitán te arrancará la cabeza si llegas tarde.

Nadie respondió, y me acordé de la casaca de soldado que llevaba puesta. Me estaba hablando a mí.

Danila me aferró de la muñeca. La del tatuaje. Su voz y su mano eran igual de implacables que las raíces de un árbol.

—Te he hecho un favor, Jovis. Ahora necesito que tú me hagas otro a mí.

Oh, no.

—¿Un favor? No hemos hablado de favores.

Danila se impuso. Yo oí unos pasos que se me acercaban por detrás.

—Tengo un sobrino. Vive en una isla pequeña, al este de aquí. Si lo he entendido bien, de todos modos irás en esa